

Formación y expansión de la fe según la Comunidad de San Juan

Thomas Joachim

Prior general de los Hermanos de la Comunidad de San Juan

Introducción

Me han pedido que hable del papel que puede tener la Comunidad de San Juan en la formación de los fieles y la expansión de la fe. Por supuesto, solo el Espíritu Santo conoce a fondo la respuesta a esta cuestión. De cualquier modo intentaré expresar, según mis posibilidades más bien modestas, lo que me parece al respecto.

Somos una pequeña comunidad en la Iglesia. Fuimos fundados en 1975 por un dominico, P. Marie-Dominique Philippe, que murió en 2006. Somos hoy alrededor de quinientos cincuenta miembros, divididos en sesenta y dos prioratos en el mundo. Hay también ciento ochenta hermanas apostólicas, doscientas hermanas contemplativas y un poco más de dos mil seglares ligados a lo que llamamos la “Familia de San Juan”.

Me parece que, a pesar de nuestro pequeño tamaño y los problemas internos que enfrentamos desde la muerte de nuestro fundador, estamos poniendo el acento en dos puntos interesantes y originales para la formación de los fieles y la transmisión de la fe: la mística y la filosofía.

La mística: llevamos el nombre de “Comunidad de San Juan”. Nuestro propósito es seguir las huellas del apóstol San Juan para que, según la expresión de nuestro fundador, seamos «para la Iglesia lo que San Juan fue para Cristo». Es el punto de vista místico: contemplar el Verbo de Dios que se hizo carne, a la manera de Juan, y anunciar como él lo que hemos contemplado.

La filosofía: respecto de la importancia que atribuimos a la filosofía, esta importancia tiene origen en el hecho que nuestro fundador era un filósofo (particularmente inspirado por Aristóteles), y que los primeros miembros de la Comunidad eran estudiantes de filosofía.

Intentaré, por tanto, presentarles muy brevemente el interés que representan para nosotros estas dos realidades de la mística y la filosofía en la formación de los fieles y la expansión de la fe.

El papel de la mística en la expansión de la fe

Por “mística” no entiendo una doctrina obscura destinada a algunos iniciados deseosos de conceptualizaciones alambicadas. Quiero hablar aquí sencillamente del don de sabiduría, es decir, de la sabiduría infundida por el Espíritu Santo el día de nuestro bautismo. Quiero también hablar de un cierto modo de presentar el dato revelado a la manera de san Juan, al que la tradición llama “el teólogo”, que corresponde a lo que nosotros llamamos en la Comunidad de San Juan la “teología mística”. Con su modo de hablar de Cristo como del Cordero (cf. Jn 1, 36), como del Verbo que era junto a Dios desde el inicio (cf. Jn 1,1) o de aquel cuya mirada era como una llama de fuego (Ap 1, 14), San Juan toca y apela de modo sorprendente a las almas en busca de absoluto. Estoy impresionado por la variedad de personas que encontramos durante las pláticas que proponemos. No siempre son cristianos practicantes, o ni siquiera creyentes, sino simplemente personas en busca de absoluto. Personas que sienten más o menos confusamente en su vida cómo son atraídos por Dios hacia su corazón.

Me parece que nuestra época necesita más que nunca de una luz mística, y no sólo una formación catequética. Se trata de hacer despertar las personas al descubrimiento (o redescubrimiento) de la *sapida scientia*, el conocimiento de Dios; a gustar y a ver qué bueno es el Señor (cf. Sal 33/34).

El regreso de la religiosidad en Occidente (y por consecuencia en el mundo entero, dado que la mundialización desde un punto de vista cultural es esencialmente una occidentalización del mundo) se presenta hoy, según mi parecer, bajo un nuevo aspecto que implica cuatro cambios fundamentales.

1) El pasaje de una religión institucional a una religión privada. Este primer punto ha sido estudiado mucho estos últimos años (destacadamente por Marcel Gauchet) y no es necesario desarrollarlo aquí.

2) El pasaje de un Dios personalizado a un Dios impersonal (que se llama entonces “lo divino”, “lo sagrado”, el “todo otro”, etc.). Muchos hoy creen más fácilmente, de hecho, en un divino impersonal, no calificable y no representable, que en Jesucristo.

3) Observamos igualmente en la mística ambiente el pasaje de un Dios exterior a un Dios interior. Muchos están en busca de una experiencia personal e interior de lo divino, pero tienen dificultad en aceptar los sacramentos. Esta búsqueda de interiorización para descubrir a Dios en lo más profundo del ser, es evidentemente muy ambigua, pero hemos de constatar que provoca una cierta renovación de la oración del corazón.

4) Finalmente, me parece que la religiosidad actual implica a menudo el pasaje de un Dios masculino a un Dios femenino. A partir del momento en que se habla de “lo divino”, se puede de hecho expresar tanto como dios que como diosa. Se vuelve entonces a encontrar la noción de Dios-Madre, de armonización en uno mismo entre lo masculino y lo femenino, y el acento se pone sobre la misericordia envolvente de lo divino. No obstante todo el lado ambiguo, hasta francamente peligroso, de esta mutación de la religiosidad en Occidente, me parece entrever en ello una llamada del Espíritu a rencontrar una proximidad mística (y no sólo catequética y moral) a la vida cristiana. La gente está a la espera de descubrir la inhabitación de la Santísima Trinidad en ellos, y me parece que la doctrina de San Juan, tal como está expresada en su Evangelio, su primera carta y su Apocalipsis, contiene los elementos esenciales para despertar y educar su sed de absoluto.

El papel de la filosofía en la formación de los fieles

Para que una filosofía pueda formar a las personas, sean creyentes o menos, es necesario como mínimo que parta de la experiencia (contrariamente al idealismo), y que esté abierta a la cuestión de Dios (contrariamente al materialismo). Es preciso, en resumen, que sea realista y en busca de sabiduría. Juan Pablo II lo decía así en la *Fides et Ratio*: «Un gran reto que tenemos al final de este milenio es el de saber realizar el paso, tan necesario como urgente, del fenómeno al fundamento. [...] Un pensamiento filosófico que rechazase cualquier apertura metafísica sería radicalmente inadecuado para desempeñar un papel de mediación en la comprensión de la Revelación» (n. 83).

La ventaja de una filosofía realista abierta a la cuestión de Dios, es que permite hablar con cualquiera, sea que tenga o no la fe. La filosofía representa, a este respecto, como un puente entre la fe y la razón. En cuanto a *preambula fidei* (preámbulo para la fe), no sólo es «sierva de la teología», sino también sierva de la evangelización y de la formación de los fieles. En una época en que el relativismo es la ideología mundial dominante, la filosofía puede permitir una purificación de la inteligencia para luego acoger de modo más respetuoso la Revelación divina.

Nuestro fundador consideraba que el diálogo filosófico con el hombre contemporáneo era un modo de corresponder activamente a la apertura al mundo reclamada por el Concilio Vaticano II. Tengo que confesar que en mi vida de apóstol, he hecho a menudo la experiencia de lo atinado de esta

afirmación. El despertar de la inteligencia, suscitado por el cuestionamiento filosófico, es una disposición muy importante para acoger la fe, especialmente hoy en día, cuando hemos de ir hacia el “patio de los gentiles”.

Conclusión

Al inicio de la *Suma Teológica*, Santo Tomás habla de «tres sabidurías». Explica que hay dos sabiduría adquiridas (la filosofía y la teología) y una sabiduría infusa (la que viene directamente del Espíritu Santo). El papa Juan Pablo II retomó esta distinción de las tres sabidurías en el número 44 de la *Fides et Ratio*. Es una distinción que nos parece particularmente útil para la formación de los fieles. He insistido aquí en la sabiduría mística y la sabiduría filosófica. He omitido voluntariamente el punto de vista de la sabiduría teológica, porque es menos original y debía ir rápido. Pero se tendría por supuesto que completar este cuadro y mostrar qué tipo de enseñanza teológica es susceptible de formar la inteligencia de la fe. Fundados por un dominico, no sorprenderá que, en la Comunidad San Juan, concedamos un lugar preponderante al estudio de Santo Tomás de Aquino.

He insistido, por tanto, en estos dos extremos: la filosofía y la mística. Me parece que la búsqueda de estas dos sabidurías puede prestar un servicio muy valioso, en el mundo de hoy, a la formación y expansión de la fe.

Cuando organizamos Festivales para jóvenes o familias, en el seno de la Comunidad San Juan, solemos tener una pequeña habitación donde el Santísimo está expuesto veinticuatro horas, para que cada uno pueda encontrar personalmente al Señor y adorarlo; y tenemos también en otra habitación, un “studium”, donde se proponen reflexiones filosóficas o teológicas. Puedo testimoniar aquí que estas dos tiendas, una mística y otra filosófica, son lugares fecundos para el despertar y la formación de las personas.